



El Cartero

Del Rey



RABINDRANATH TAGORE

Imprenta Nacional  
Editorial Digital

H891.441

T128c Tagore, Rabindranath, 1861-1941

El cartero del rey [recurso electrónico] / Rabindranath Tagore. – 1a. ed. – San José : Imprenta Nacional, 2014.

1 recurso en línea (60 p.) ; pdf ; 460 kb

ISBN 978-9977-58-417-1

1. Teatro Hindú. I. Título.

SINABI/UT

14-59

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

EL CARTERO DEL REY  
-RABINDRANATH TAGORE-

EDITORIAL DIGITAL  
[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA



# EL CARTERO DEL REY



## PERSONAJES

Madav.

Amal: hijo adoptivo de Madav.

Sada: niña que vende flores.

El médico.

El lechero.

El guarda.

El viejo.

El jefe de la aldea: un fanfarrón.

El heraldo del rey.

El médico real.

Chiquillos de la aldea.



EL CARTERO DEL REY  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

# ACTO I



## ESCENA I

(En casa de Madav)

(Madav y el médico)

Madav: ¡Yo no sé qué es esto! Antes de venir él, todo me era lo mismo, ¡y me sentía tan libre! Pero ahora que ha venido, Dios sabe de dónde, su cariño me llena el corazón. Y estoy seguro de que mi casa no será ya casa si él se va... (Al médico). ¿Tú crees?...

El médico: Si su destino es que viva, vivirá años y años; pero, por lo que los libros dicen, me parece...

Madav: ¡Ay, cielo santo, qué...!

El médico: Bien claro lo dicen: “Humor bilioso o parálisis, resfriado o gota, todo empieza lo mismo...”

Madav: ¡Déjame en paz con los libros, hombre! Con tanta y tanta cosa, no consigues sino preocuparme más. Lo que quiero que me digas es lo que se puede hacer.

- El médico: (tomando rapé) Pues sí; el enfermo necesita el más escrupuloso cuidado.
- Madav: Eso ya lo sé yo, pero dime qué hago.
- El médico: Ya te lo tengo dicho, que de ninguna manera se le deje salir de casa.
- Madav: ¡Pobre criatura! Tenerlo encerrado todo el día. Eso es demasiado.
- El médico: Pues no hay otro remedio. Este sol de otoño y esta humedad pueden hacerle mucho daño, porque, como dicen los libros: “En sibilancias, en desmayos, en temblor nervioso, en ictericia y en ojo de plomo...”
- Madav: ¡Hombre, por Dios, déjame ya de libros! Entonces, no queda otro remedio que encerrar al pobrecillo, ¿eh? ¿No se puede hacer otra cosa?
- El médico: Nada en absoluto, porque: “en el viento y el sol”...
- Madav: Pero ¿qué me importa a mí ahora que “si esto o que si lo otro”? Vamos a dejarnos de tonterías. Al grano. Lo que tú dices es muy duro para la pobre criaturita; y como además él lo lleva todo con esa paciencia, y hace cuanto se le dice. Me parte el corazón ver su cara cuando está tomando esa medicina que le has mandado.
- El médico: Pues cuanto más tome, mejor. Ya lo dice el sabio Chiávana: “Medicina y buenos consejos; lo que menos gusta es lo que mejor sienta” ¡Sí, sí! Y me voy corriendo, que tengo mucho que hacer. (Sale).

## ESCENA II

(Madav y el viejo)

(Al viejo, que entra)

Madav: ¡Bueno! Pero, ¿ahí estás tú, viejo maldito?

El viejo: ¡No tengas cuidado, hombre, que no te voy a morder!

Madav: Sí; pero es que eres el diablo; siempre les estás llenando de viento la cabeza a las criaturas.

El viejo: Tú no eres ningún niño, ni tienes niños en tu casa. ¿Qué más te da?

Madav: Es que ahora tengo un niño.

El viejo: ¡Un niño! ¿De verdad? ¿Pues qué ha pasado?

Madav: Tú recordarás que mi mujer estaba siempre con el capricho de que recogiéramos un niño.

El viejo: Pero eso ya es muy antiguo; y además, que a ti no te gustaba la idea.

Madav: Tienes razón. Tú no sabes lo que me ha costado juntar este dinerillo. Y que el hijo de otro entre a perder lo que yo, con tanto sudor, había ido ahorrando... ¡No podía con eso! ¡Pero este chiquillo se me ha metido en el corazón de una manera tan rara...!

El viejo: ¡Buena la hemos hecho! Y ahora se te irá todo el dinero en darle gusto al niño. ¡Y te sientes tan contento de que se vaya!

Madav: El dinero antes era como un vicio para mí. Trabajaba por avaricia. Ahora como sé que es para este niño, que quiero tanto, ¡lo ganó con una alegría!

El viejo: Bueno, bueno; y ¿dónde encontraste ese niño?

Madav: Es hijo de un hombre que era hermano de leche de mi mujer. Su madre murió poco después de nacer él, y no hace mucho se quedó también sin padre.

El viejo: ¡Pobrecillo! Así él me necesita aún más.

Madav: El médico dice que no hay parte sana en su cuerpecito, y que no tiene esperanza de que viva. Dice que lo único que hay que hacer es guardarlo de este viento del otoño y de este sol. ¡Pero tú eres el demonio! ¡Cuidado con tu manía de irte por ahí, a tus años, con los chiquillos!

El viejo: ¡Bendito Dios! ¿Conque tan malo como el viento y el sol del otoño, eh? ¡Pues también sé hacer que se estén los niños quietecitos en casa, amigo! Esta tarde, cuando acabe el trabajo, me vendré por aquí a jugar con tu niño.

(Sale)

### ESCENA III

(Madav y Amal)

Amal: (entra) ¡Tío; oye, tío!

Madav: Amal, hijo, ¿eres tú?

Amal: ¿No me dejas salir un poquito del patio?

Madav: No, rey de mi corazón, no salgas.

Amal: ¡Anda, un poquito nada más! Voy con tita, a verla majar las lentejas.  
¡Mira la ardilla, allí sentada con su rabo tieso; mira cómo coge con sus manitas las semillas y se las come! ¿Voy de una carrera?

Madav: No, vida mía, no.

Amal: ¡Ojalá fuera yo una ardilla!... ¡Iba a jugar más! Tío, ¿por qué no me dejas ir donde yo quiera?

Madav: Porque el médico dice que no es bueno para ti, hijo.

Amal: ¿Y cómo lo sabe él, dime?

Madav: ¡Qué ocurrencias tienes! ¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan gordos que lee?

Amal: ¿Y los libros le dicen todo?

Madav: Claro, ¿no sabes que sí?

Amal: (suspirando) Yo qué sé. Como yo no leo libros.

Madav: Pues para que lo sepas; los hombres sabios, que lo saben todo, son como tú; nunca salen de casa.

Amal: ¿De veras? ¿Nunca?

Madav: Nunca. ¿Cómo quieres que salgan? Desde que se levantan hasta que se acuestan, están dale que dale a los libros, y no les queda tiempo, ni tienen ojos para otra cosa. Cuando tú seas mayor, serás sabio. Siempre estarás metido en casa, leyendo librotos. Y la gente que pase se quedará mirándote, y dirá: “¡Lo que sabe! ¡Es una maravilla!”

Amal: ¡No, tío, no; por tus queridos pies... no, yo no quiero ser sabio; no quiero, no quiero!

Madav: Pues mira, mira, mi suerte hubiera sido poder aprender.

Amal: A mí me gustaría más ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver.

Madav: ¡Escucha eso! ¡Ver! ¿Y qué quieres ver? ¡Vamos! ¿Qué es eso que tanto quieres ver?

- Amal: Mira esa montaña que se divisa desde la ventana... Algunas veces me dan unas ganas de irme corriendo por encima de ella.
- Madav: ¡Eres tonto! ¿Tú crees que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? ¿Y luego qué, vamos a ver? ¡Tú estás loco, hijo! ¿No comprendes tú que si esa montaña está ahí de pie, como está, está para algo? Si pudiéramos ir más allá, ¿para qué amontonar tantas piedras? ¿Para qué habrían hecho una cosa tan grande? ¡Vamos hombre!
- Amal: ¿Tú crees, tío, que la han hecho para que nadie pase? Pues a mí me parece que como la tierra no puede hablar, levanta las manos hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentados, solos siempre, en su ventana, la ven llamar. Pero será que los que son sabios...
- Madav: Te figurarás tú que los sabios no tienen que pensar más que en esas tonterías. Tendrían que estar tan locos como tú.
- Amal: Pues oye, ayer conocí a uno que está entonces tan loco como yo.
- Madav: ¡Dios santo! ¿De veras? ¿Quién?
- Amal: Llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en la mano izquierda, y tenía puestas unas botas más viejas. Iba, camino de los montes, por aquel prado que está allí. Y yo le grité: “¿Dónde vas?” Él contestó: “Qué sé yo, no sé, a cualquier parte.” Y yo le pregunté otra vez: “¿Por qué te vas?” Y me dijo: “Voy a buscar trabajo.” Tío, di, ¿tú no tienes que buscar trabajo?
- Madav: ¡Claro que sí! Hay mucha gente que busca trabajo por ahí.

Amal: ¡Qué gusto! Pues yo me voy a ir también por ahí a buscar cosas que hacer.

Madav: Supón que no encuentres nada. ¿Entonces...?

Amal: ¡Eso sí que sería divertido! Pues entonces iría más lejos todavía. Tío, yo estuve mirando mucho tiempo a aquel hombre que se iba, despacio, despacio, con sus botas viejas. Cuando llegó a ese sitio por donde el arroyo pasa debajo de la higuera, se puso a lavarse los pies. Luego, sacó de su lío un poco de harina de grama, le echaba un chorrillo de agua, y se la comía. Luego, ató su lío y se lo cargó otra vez al hombro; se recogió el faldón hasta la rodilla, y pasó el arroyo. Ya le he dicho yo a tita que me tiene que dejar ir al arroyo a comerme mi harina de grama, como él.

Madav: ¿Y qué te ha dicho tita?

Amal: Me dijo: “Ponte bueno, y entonces te llevaré al arroyo.” Por favor, tío, ¿cuándo voy a ponerme bueno?

Madav: Ya pronto, vida mía.

Amal: ¡Qué bien! Entonces, en cuanto esté bueno otra vez, me iré, ¿verdad?

Madav: Y ¿adónde quieres ir?

Amal: No sé. Me iré andando, andando. Pasaré muchos arroyos, metiéndome en el agua. Toda la gente estará dormida, con las puertas cerradas, porque hará mucho calor. Y yo seguiré andando, andando; y buscaré trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez.

Madav: Bueno; pero creo que primero debes procurar ponerte bien, y después...

Amal: Entonces, ¿ya no vas tú a querer que yo sea sabio, verdad, tío?

Madav: ¿Y qué te gustaría ser a ti?

Amal: Ahora no lo tengo pensado; pero ya te lo diré luego.

Madav: Muy bien. Pero no quiero que llames a ningún desconocido ni que te pongas a hablar con todo el que pasa, ¿sabes?

Amal: ¡Pero si a mí me gusta tanto hablar con extraños!

Madav: ¿Y si te robaran?

Amal: ¡Eso sí que me gustaría! Pero no; nadie me va a llevar nunca; todos quieren que me quede siempre aquí.

Madav: Tengo que irme a trabajar, hijo... Pero, ¿verdad que tú no saldrás?

Amal: No, tío, no saldré pero déjame estar en este cuarto que da al camino.

(Sale Madav)

## ESCENA IV

(Amal y el lechero)

El lechero: (afuera) ¡Quesitos, quesitos, ricos quesitos!

Amal: ¡El de los quesitos, oye, el de los quesitos!

El lechero: (entrando) ¿Me has llamado, niño? ¿Quieres comprarme quesitos?

Amal: ¿Cómo quieres que te los compre, si no tengo dinero?

El lechero: Entonces, niño, ¿para qué me llamas? ¡Uf! ¡Vaya una manera de perder el tiempo!

Amal: Si yo pudiera, me iría contigo.

El lechero: ¿Conmigo?

Amal: Sí; me entra una tristeza cuando te oigo pregonar allá lejos, por el camino.

El lechero: (dejando en el suelo su balancín) Y tú, ¿qué es lo que haces aquí, hijo?

Amal: El médico me ha mandado que no salga, y aquí donde tú me ves estoy sentado todo el día.

El lechero: ¡Pobre! ¿Qué tienes?

Amal: No sé; como no soy sabio, no sé qué tengo. Pero dime, lechero, ¿de dónde eres?

El lechero: De mi pueblo.

Amal: ¿De tu pueblo? ¿Y está muy lejos de aquí tu pueblo?

El lechero: Mi pueblo está junto al río Shamli, al pie de los montes Panchmura.

Amal: ¿Los montes de Panchmura has dicho? ¿El río Shamli? Sí, sí; yo creo que he visto una vez tu pueblo; pero no sé cuándo ha sido.

El lechero: ¿Que has visto tú mi pueblo? ¿Tú has ido hasta los montes de Panchmura?

Amal: No, yo no he ido; pero me parece que me acuerdo de haber visto tu pueblo. Tu pueblo está debajo de unos árboles muy grandes, muy viejos que hay allí, ¿no?; junto a un camino colorado... ¿no?

El lechero: Sí, sí, allí está.

Amal: Y en la ladera está el ganado comiendo.



Amal: ¡Sí, por favor enséñamelo! Me gusta tanto oírte. Yo no te puedo explicar lo que me pasa cuando te oigo en la vuelta de ese camino, entre esa hilerita de árboles. ¿Sabes? Lo mismo que siento cuando oigo los gritos de los milanos, tan altos, allá en el fin del cielo.

El lechero: Bueno, bueno; anda, ten unos quesitos; ten, cógelos.

Amal: Pero si no tengo dinero.

El lechero: ¡Deja el dinero! ¡Me harás tan feliz si tomas estos quesitos!

Amal: Lechero, ¿te he entretenido mucho?

El lechero: Para nada. No sabes tú lo contento que me voy. Ya ves; me has enseñado a ser feliz vendiendo quesitos. (Sale).

## ESCENA V

(Amal solo)

Amal: (pregonando) ¡Quesitos, quesitos, ricos quesitos del pueblo de los lecheros, en el campo de los montes de Panchmura, junto al río Shamil! ¡Quesitos, buenos quesitos! ¡Al amanecer, las mujeres ponen en fila las vacas, debajo de los árboles, y las ordeñan; por la tarde, hacen quesitos con la leche! ¡Quesitos, quesitos, ricos quesitos! Ya está ahí el guarda. Ahora viene para abajo. (Al Guarda). ¡Guarda, oye, ven a hablar un ratito conmigo!

## ESCENA VI

(Amal y el guarda)

El guarda: (entrando) Pero, ¿qué escándalo es éste? ¿No me tienes miedo?

Amal: ¿Yo? ¿Por qué voy a tenerte miedo?

El guarda: ¡A que te llevo preso!

Amal: ¿Adónde me llevarías? ¿Muy lejos? ¿Más allá de esos montes?

El guarda: Me parece que te llevaría directo al Rey.

Amal: ¡El Rey! Sí, sí, llévame, ¿quieres? Pero el médico no me deja salir. ¡Nadie podrá nunca llevarme! ¡Todo el día tengo que estar aquí sentado!

El guarda: ¿No te deja el médico, verdad? ¡Pobrecillo! Sí que estás pálido; y ¡qué ojeras tan negras tienes, hijo mío! ¡Cómo te resaltan las venas en las manos tan delgaditas!

Amal: ¿Quieres tocar el gong, guarda?

El guarda: Después, que todavía no es tiempo.

Amal: ¡Qué raro! Unos dicen que el tiempo no ha venido y otros que el tiempo ha pasado. Pero yo estoy seguro que si tocas el gong será el tiempo.

El guarda: No, eso no puede ser; yo no puedo tocar el gong sino cuando es el tiempo.

Amal: Sí; y ¡cómo me gusta oír el gong! Al mediodía, cuando acabamos de comer, mi tío se va al trabajo, y mi tita se duerme leyendo su Ramayana; y el perro, con el hocico metido en su rabo enroscado, se echa a la sombra de la pared. Entonces tu gong suena: “Don, don, don”, ¿por qué tocas tu gong?

El guarda: Pues lo toco para decirles a todos que el tiempo no espera, sino que está siempre andando.

Amal: ¿Dónde, a qué pueblo va el tiempo?

El guarda: ¡Eso no lo sabe nadie!

Amal: ¡Entonces será que nadie ha estado allí nunca! Cómo me gustaría irme con el tiempo a ese país que nadie ha visto.

El guarda: Todos tenemos que ir allí algún día, hijo.

Amal: ¿Y yo también?

El guarda: Sí; tú también.

- Amal: Pero como el médico no me deja salir.
- El guarda: Quizás él mismo te lleve de la mano algún día.
- Amal: ¡No, no lo hará, estoy seguro! ¡Tú no lo conoces! ¡No quiere más que tenerme aquí encerrado!
- El guarda: Pero hay uno más grande que él, y viene, y nos abre la puerta.
- Amal: Pues que venga ya por mí ese gran médico, y me saque de aquí, ¡que ya no puedo más!
- El guarda: No debías decir eso, hijo.
- Amal: No. Aquí estaré, donde me han dejado... y no me moveré ni un poquito. Pero cuando tocas tu gong: Don, don, don. ¡Me da una cosa! Dilo, guarda.
- El guarda: Sí, mi querido.
- Amal: Dilo. ¿Qué hay en esa casa grande del otro lado del camino, que tiene arriba, volando, una bandera? Entra y sale más gente, más gente.
- El guarda: ¡Ah! Es el correo nuevo.
- Amal: ¿El correo nuevo? ¿Y de quién es?

- El guarda:                   ¿Pues de quién ha de ser? Del Rey.
- Amal:                            Y entonces, ¿vienen cartas del Rey aquí, a su correo nuevo?
- El guarda:                   Claro está. El día menos pensado hay una carta para ti.
- Amal:                            ¿Para mí? Si yo soy un niño pequeño.
- El guarda:                   Sí; pero el Rey también escribe cartitas a los niños pequeños.
- Amal:                            ¡Qué bien! Y ¿cuándo recibiré yo mi carta? ¿Quién te lo dijo a ti, guarda?
- El guarda:                   De otra manera, ¿para qué pondría el Rey su correo frente a tu ventana abierta, con su bandera amarilla volando?
- Amal:                            Pero, ¿quién va a traerme la carta de mi Rey, cuando me escriba?
- El guarda:                   El Rey tiene muchos carteros. ¿Tú no los ves cómo corren por ahí? Unos que llevan un redondel dorado en el pecho.
- Amal:                            Bien, ¿y dónde van?
- El guarda:                   Pues a todas partes.
- Amal:                            ¡Ay, qué bien! ¡Yo voy a ser cartero del Rey cuando sea grande!

- El guarda: (riéndose) ¡Qué ocurrencia! ¡Cartero! ¿Pero tú sabes lo que dices? Que llueva o que haga sol, al rico y al pobre, de puerta en puerta, cartas y más cartas... ¡Ese es un gran trabajo!
- Amal: ¡Ya lo creo que lo es! ¡Cómo me gustaría! ¿Por qué te ríes? ¡Si ya sé yo que tú también trabajas mucho! Cuando, al mediodía, hace tanto calor, y no se oye nada, tu gong suena: Don, don, don... Y algunas veces cuando me despierto de pronto, por la noche, y se ha apagado la lámpara, oigo en la oscuridad tu gong, muy despacito: ¡Don, don, don!
- El guarda: ¡Ahí viene el jefe! Me voy, que si llega a cogerme hablando contigo, para qué quiero más.
- Amal: ¿El jefe? ¿Dónde?
- El guarda: Ya está aquí, míralo. ¿No ves esa sombrilla enorme de palma, que parece que viene saltando? Ése es él.
- Amal: Será que el Rey le ha dicho que sea jefe de aquí.
- El guarda: ¿El Rey? ¡No! ¡Es un tío fastidioso! ¡No le gusta más que molestar! Hace todo lo que puede por ser desagradable, y no hay quien lo pueda ver. Eso es lo que les gusta a los que son como él, causar problemas a todo el mundo. Bueno, me voy. ¡Fuera pereza! Ya me dejaré caer por aquí mañana temprano y te contaré todo lo que pase por el pueblo. (Sale).

## ESCENA VII

(Amal solo)

Amal: ¡Si yo recibiera todos los días una carta del Rey! Las leería aquí en la ventana. Pero si no sé leer todavía. ¿Quién querría leérmelas? Quizás tita entienda la letra del Rey. Como lee su Ramayana. Y si no sabe nadie, entonces las tendré que guardar con mucho cuidado y las leeré cuando sea mayor. Y ahora que me acuerdo, ¿y si el cartero no sabe quién soy? (Al jefe). ¡Señor jefe, señor jefe!, ¿puedo decirte una cosa?

## ESCENA VIII

(Amal y el jefe)

El jefe: (entrando) ¿Qué gritos son éstos? ¡Y en el camino! ¡Vaya con el monigote!

Amal: ¿Tú eres el jefe, verdad? Todo el mundo hace lo que tú dices, ¿no?

El jefe: (con satisfacción) ¡Pues no faltaría más que no lo hicieran!

Amal: ¿Y también mandas tú en los carteros del Rey?

- El jefe: ¡También! ¡Tendría que ver!...
- Amal: ¿Querías decirle al cartero, que Amal es el niño que está sentado aquí en la ventana?
- El jefe: ¿Y para qué?
- Amal: Porque si viniera una carta para mí.
- El jefe: ¡Una carta para ti! ¿Quién va a escribirte una carta a ti?
- Amal: Quizás me la escriba el Rey.
- El jefe: (a risotadas) ¡Ja, ja! ¡Eres un hombrecillo raro! ¡Ja, ja! ¿El Rey? ¡Claro, como tú eres su mejor amigo!, y no os habéis visto en tanto tiempo, el Rey no puede con el disgusto, estoy seguro. Sí, espera ahí sentado, que mañana tendrás la carta.
- Amal: Señor jefe, ¿por qué me hablas así? ¿Estás enfadado conmigo?
- El jefe: Contigo, ¿eh? ¡Con que el Rey! Pues no se da tono Madav, que digamos Claro cómo ha ganado esa fortuna, ya no se habla más que de reyes y padishahs en su casa. ¡Que yo lo vea y no va a ser Rey lo que le voy a dar! Y tú, ¡mequetrefe!, ¡ya diré yo que te traigan la carta del Rey...; ten la seguridad!
- Amal: No, no, por favor; si te molesta, que no me la traigan.



- Amal: No, no la cierres. Ésta es la única ventana que hay abierta. Todas las demás están cerradas. ¿Quieres decirme quién eres tú? Me parece que no te conozco.
- Niña: Yo soy Sada.
- Amal: ¿Sada? ¿Qué Sada?
- Sada: Yo soy la hija de la vendedora de flores del pueblo. ¿No lo sabías?
- Amal: Y tú, ¿qué haces?
- Sada: Yo cojo flores en mi canasto.
- Amal: ¡Coges flores! ¡Por eso tienes tan alegres los pies, y tus ajorcas cantan tan contentas cuando vas caminando! ¡Quién pudiera irse por ahí, como tú! Yo recogería para ti flores de las ramas más altas, que ya no se ven.
- Sada: ¿De veras? ¿Sabes tú tantas cosas de las flores como yo?
- Amal: Sí, tanto como tú. Sé todo lo de Champaca, el del cuento de hadas, y sus siete hermanos. Y si me dejaran un momentito siquiera, me iría corriendo al bosque aquel tan grande, y me perdería; y en aquel sitio en donde el colibrí que chupa la miel se mece en la punta de su ramita, me abriría yo como una flor de champaca... ¿Quieres tú ser mi hermana Parul?

Sada: ¡Qué tontísimo eres! ¿Cómo voy yo a ser tu hermana Parul, si yo soy Sada, y mi madre es Sasi, la que vende flores? ¡Si supieras tú las guirnaldas que tengo que hacer todos los días!... ¡Ay! ¡Que no me iba a divertir yo si pudiera estarme aquí sin hacer nada, como tú!

Amal: ¿Y qué ibas a hacer en todo el día, tan largo?

Sada: Pues poco que iba yo a jugar con mi muñeca Benay, la novia, y con la gata Meni, y con... Pero mira, es muy tarde, y no puedo quedarme más; que si no, me voy a volver sin una flor.

Amal: ¡Espérate otro poquito, anda, que estoy tan bien contigo!

Sada: ¡No seas así! Si eres bueno y te estás aquí quietecito, cuando vuelva yo con las flores, me pararé a hablar contigo.

Amal: ¿Y me vas a traer una flor?

Sada: ¡No puedo! Tienen que comprarse.

Amal: Yo te la pagaré cuando sea grande..., antes de irme a buscar trabajo más allá de aquel arroyo que está allí.

Sada: Bueno.

Amal: ¿Vas a volver, cuando hayas cogido las flores?

Sada: Sí, volveré.

Amal:                               ¿De veras volverás?

Sada:                               Sí, de veras.

Amal:                               ¿Te acordarás bien de mí? Yo soy Amal, acuérdate bien.

Sada:                               ¡Ya tú verás cómo me acuerdo!

(Sale)

## ESCENA X

(Amal y unos chiquillos)

Amal:                               ¿Adónde van, hermanos? ¡No se vayan; quédense conmigo un poquito!

Chiquillos:                       (entrando) Vamos a jugar.

Amal:                               ¿A qué van a jugar, hermanos?

Chiquillos:                       Vamos a jugar a los aradores.

- Primer chiquillo: (con un palo) ¡Aquí está el arado!
- Segundo chiquillo: Y éste y yo somos la yunta de bueyes.
- Amal: ¿Y se a pasar jugando todo el día?
- Chiquillos: ¡Todo el día!
- Amal: Y cuando oscurezca, volverán a casa por el camino de la ribera, ¿no?
- Chiquillos: Sí.
- Amal: ¿Y pasarán por aquí?
- Chiquillos: ¡Anda, ven a jugar con nosotros, ven!
- Amal: ¡No me deja salir el médico!
- Chiquillos: ¿El médico? ¿Y tú haces caso del médico? ¡Anda, vámonos, que es muy tarde; anda, ven!
- Amal: No, no. ¿Por qué no juegan aquí en el camino, delante de mi ventana, para que yo los vea?
- Chiquillos: ¿Y a qué vamos a jugar aquí?

Amal: ¡Yo les daré todos mis juguetes! ¡Aquí los tienen, tengan mis juguetes! Yo no puedo jugar solo, y se están empolvando, ¿para qué los quiero yo?

Chiquillos: ¡Ay, qué juguetes tan bonitos! ¡Un barco! ¡Aquí está la abuela Jatai! ¡Qué cipayo tan precioso! Y ¿nos los vas a dar todos? ¿No te importa dárnoslos?

Amal: No, no, para nada; yo, ¿para qué los quiero?

Chiquillos: ¿No los querrás ya nunca más?

Amal: No, no. A mí no me sirven para nada.

Chiquillos: ¡Mira que van a reñirte por esto!

Amal: No, no me riñe nadie. Pero, ¿van a venir a jugar con ellos delante de mi puerta, todas las mañanas? Cuando se rompan, yo les daré otros.

Chiquillos: Pues, sí lo haremos. ¡Vamos a jugar a la guerra! ¡Pongan en fila a estos cipayos! ¿Dónde habrá un fusil? Esta caña sirve. Pero, ¿ya te estás durmiendo?

Amal: Me parece que me está dando sueño. ¡Qué sé yo! Muchas veces me pasa. Como estoy siempre sentado, me canso; y luego, me duele tanto la espalda.

Chiquillos: ¡Pero si no es más que mediodía! ¡No te duermas! Oye el gong; ahora está dando la primera vela.

- Amal: Sí. Don, don, don. ¡Qué sueño tengo!
- Chiquillos: Pues entonces, mejor será que nos vayamos, y mañana por la mañana volveremos.
- Amal: ¡Esperen un momento! Quiero preguntarles algo antes de que se vayan. Ustedes que siempre están afuera por el camino... ¿conocen a los carteros del Rey?
- Chiquillos: ¡Sí, ya lo creo!
- Amal: ¿Cómo se llaman? ¿Quiénes son?
- Chiquillos: Uno, Badal. Otro, Sarat. ¡Hay muchos!
- Amal: ¿Y me conocerían si viniese una carta para mí?
- Chiquillos: Claro que sí. Si tu nombre está en la carta, ellos te encontrarán.
- Amal: Cuando vengán mañana por la mañana, ¿quieren traerme a uno para que sepa quién soy?
- Chiquillos: Bueno, si tú quieres.



# ACTO II



## ESCENA I

(Amal -“en la cama”- y Madav)

Amal: ¿Y tampoco me deja ya el médico sentarme en la ventana, tío?

Madav: Ya ves que te has puesto peor de estar siempre echado en ella.

Amal: Puede que me haya puesto peor; pero mientras estoy en la ventana, ¡me encuentro tan bien!

Madav: Eso te parece a ti; pero no, hijo. Luego, sacas la cabeza y te pones a hablar con todo el que pasa, como si fuera esto una feria...; y tú, hijo, estás malo y no puedes hacer eso. ¡Mira... qué carita tienes!

Amal: Tío, me temo que mi faquir, pasará y no me verá por la ventana.

Madav: ¿Tu faquir? ¿Quién es tu faquir?

Amal: Pues mi faquir. Viene, y me cuenta cosas de todos los sitios donde él ha estado. ¡Unas cosas más bonitas!

Madav: Pero, ¿qué es lo que dices? Yo no conozco a ningún faquir.

Amal: Pues ya no tardará. ¡Anda, por tus queridos pies; dile que entre aquí un ratito a hablar conmigo!

## ESCENA II

(Amal, Madav y el viejo -“que entra vestido de faquir”-)

Amal: ¡Míralo, ahí está! ¡Faquir, faquir, ven conmigo! ¡Siéntate aquí en mi cama!

Madav: ¡Tonto!, pero si es...

El viejo: (guiñándole un ojo a Madav) ¡Yo soy el faquir!

Madav: (al viejo) ¡El diablo eres! ¡Si no lo viera, no lo creería!

Amal: ¿Dónde has estado hoy, faquir?

El viejo: Pues ahora mismo vengo de la Isla de los Loros.

Madav: ¿La Isla de los Loros?

El viejo: (a Madav) ¡Sí, la Isla de los Loros! ¡Qué! ¿Te crees, hombre, que yo soy como tú? No tengo más que coger mis pies, y me voy adonde quiero; ¡y sin costarme nada!

Amal: (palmoteando) ¡Qué bien! ¡Qué gusto debe dar eso! ¿No olvidarás que me has prometido llevarme en tu comitiva cuando esté bien?

El viejo: Por supuesto. ¡Y te voy a enseñar unos secretos de viajeros, que nada, por mares, bosques, ni montañas, podrán cerrarte el paso!

Madav: Pero ¿qué enredo es éste?

El viejo: Amal, hijo; nada, en mares, ni montañas, pueden hacerme retroceder. Ahora, que si el médico y este tío que tienes se conjuran contra mí, no hay magia que me valga.

Amal: No; tío no se lo dirá al médico, y yo te prometo no moverme de la cama. Pero el primer día que me ponga bien, me iré contigo; ¡y nada, en mares, ni montañas ni torrentes, podrá cerrarme el paso!

Madav: Me das pena, hijo, siempre pensando en irte...

Amal: Oye, faquir, ¿cómo es la Isla de los Loros?

El viejo: Pues es la tierra de las maravillas. Allí viven todos los pájaros del mundo, y no hay un hombre siquiera; y no creas tú que allí se habla, ni se anda; sólo cantan y vuelan.

Amal: ¡Qué hermosura! ¿Y hay algún mar allí junto?



Madav:                   ¿Por qué no habría de hacerlo? Él no se romperá la cabeza entre los nidos de la Isla de los Loros, llevando recados a tu faquir favorito; pero ha dejado una lata de quesitos para ti, y me ha dicho que te diga que no ha podido detenerse más porque como se casa su sobrina, tenía que ir a Kamlipara por la banda de música.

Amal:                    ¡Si me iba a casar a mí con su sobrinita!

El viejo:                ¡Dios del cielo! ¡Pues buena la hemos hecho!

Amal:                    Me dijo que ella iba a ser mi novia chiquitita, y que iba a estar tan linda con sus zarcillos de perlas en las orejas y vestida con un preciosísimo sari grana. Y al amanecer, ella ordeñaría con sus propias manos la vaca negra, y me traería la leche calentita, toda llena de espuma, en un cantarillo nuevo, para que yo me la bebiera. Y cuando oscureciese, ella iría al establo con la lámpara, a dar una vuelta, luego vendría y se sentaría a mi lado a contarme el cuento de Champaca y sus siete hermanos.

El viejo:                ¡Qué bien! La verdad es que, aunque soy un faquir, ¡me están dando unas tentaciones! ¡Pero no te importe a ti que se case la sobrina del lechero! ¡Déjalo! ¡Lo que te sobrarán serán sobrinas del lechero cuando tú vayas a casarte!

Madav:                   ¡Cállate de una vez! ¡No puedo oírte con calma! (Sale).

### ESCENA III

(Amal y el viejo)

Amal: Oye, faquir, ahora que se ha ido mi tío; dime: ¿no me habrá enviado el Rey una carta con el Correo?

El viejo: La carta ha salido ya del palacio; pero todavía viene de camino.

Amal: ¿De camino? ¿Y por dónde vendrá? ¿Vendrá por esa veredita que viene dando vueltas entre los árboles?; la veredita esa que se ve hasta lo último del campo, cuando sale el sol después de llover.

El viejo: Por ahí viene. ¿Cómo lo sabías tú?

Amal: Sí; todo lo sé.

El viejo: Ya lo estoy viendo; pero, ¿cómo lo has sabido?

Amal: Pues no sé cómo; pero lo veo tan clarito. Me parece que lo he visto muchas veces hace ya mucho tiempo. No sé cuánto. ¿Sabes tú cuánto? ¡Si vieras qué bien lo veo todo! El cartero del Rey viene bajando la cuesta del monte, solo, con un farol en la mano izquierda y un saco muy grande, lleno de cartas, en la espalda. Viene bajando, ¡hace ya mucho tiempo!, sin descansar, ¡muchos días, muchas noches!, y cuando va llegando a aquel sitio de la montaña donde la cascada se convierte en arroyo, coge por la orilla y sigue andando entre el centeno. Luego, entra en el cañaveral, por ese callejón estrecho que hay entre las cañas de azúcar, esas tan altas; que no se

ve. Después, sale a la pradera grande, donde cantan los grillos. Mira que no haya nadie más que él; sólo las perdices, picoteando en el barro y meneando la cola. Lo siento venir más cerca, más cerca cada vez. ¡Estoy más contento!

El viejo: Mis ojos ven poco, pero me cuentas de una manera las cosas, que lo veo todo como cuando era niño.

Amal: Di, faquir, ¿conoces tú al Rey que ha puesto aquí este Correo?

El viejo: Sí, todos los días voy a pedirle mi limosna.

Amal: ¿Sí? Cuando yo me ponga bien, iré también a pedirle mi limosna, ¿no?

El viejo: Tú no tendrás que pedírsela, hombre; él te la dará por su gusto.

Amal: No, no; yo iré a su portal y gritaré: ¡Viva mi Rey! Y bailando al son del tamboril, le pediré mi limosna. ¿No crees tú que estaría bien así?

El viejo: ¡Ya lo creo; estaría magnífico! Y si fuéramos juntos, me tocaría a mí buena parte; pero, ¿qué le vas a pedir?

Amal: Le diré: “Hazme cartero tuyo, para ir con mi farol repartiendo cartas de puerta en puerta. ¡No me tengas en casa todo el día!”

El viejo: Pero, vamos a ver, ¿por qué estás tú tan triste en tu casa?

Amal: No, si no estoy triste. Al principio, cuando me encerraron aquí, me parecían más largos los días; pero desde que han puesto enfrente el Correo del Rey, cada vez estoy más contento en mi cuarto; y luego, como sé que un día voy a tener una carta. Me siento feliz, no me importa nada estarme aquí quieto, aunque esté solo. Oye, ¿y sabré yo leer la carta del Rey?

El viejo: Qué más te da. ¿No tienes bastante con que ponga tu nombre?

#### ESCENA IV

(Dichos y Madav)

Madav: (entrando) ¡Buena la habéis hecho entre los dos!

El viejo: ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

Madav: ¡Pues que, por culpa vuestra, todo el mundo anda diciendo que el Rey ha puesto ahí enfrente su Correo para estaros escribiendo siempre a los dos!

El viejo: Bueno, ¿y qué?

Madav: Que Panchanan, el jefe, se lo ha dicho al Rey en secreto.

El viejo: ¿Y no sabemos todos que el Rey se entera de cuánto pasa?

Madav: Entonces ¿por qué no tienes más cuidado? ¡No debieras nombrar en vano al Rey! Me vas a arruinar con tus cosas.

Amal: Faquir, faquir, ¿de veras se enfadará el Rey?

El viejo: ¡Qué se ha de enfadar, hombre! Con un niño como tú y un faquir como yo. A ver si tengo que ir a decirle cuatro frescas

Amal: Faquir; desde esta mañana estoy sintiendo como un velo por delante de los ojos. Todo parece un sueño. Si me pudiera estar quieto. No tengo ganas de hablar. ¿Cuándo va a venir la carta del Rey? Si este cuarto se deshiciera de pronto y si...

El viejo: (abanicando a Amal) Seguramente vendrá hoy la carta, hijo mío.

## ESCENA V

(Dichos y el médico)

El médico: (entrando) (a Amal) ¿Cómo estás hoy?

Amal: Muy bien, señor médico; hoy no me duele nada.

El médico: (a Madav, aparte) No me gusta esa sonrisa. ¡Mala señal que se sienta tan bien! Chakradan dice...

Madav: Bueno, por amor de Dios, deja solo a Chakradan; lo que quiero saber es ¿cómo está hoy mi niño?

El médico: ¡Me parece que tenemos poco tiempo! Ya te lo dije... Te aseguro que se ha vuelto a enfriar.

Madav: Pues el niño no ha salido; eso te lo digo yo. Hasta las ventanas han estado cerradas.

El médico: No sé qué tiene hoy el aire. Había una corriente por la puerta principal cuando entré. Lo mejor sería cerrar la puerta con llave. Creo que no te importará no recibir visitas en dos o tres días; y si alguien tiene necesidad de verte... ahí está la puerta de atrás. Y esa ventana también debería cerrarse. Los rayos del sol poniente no sirven más que para desvelar al enfermo.

Madav: Amal ha cerrado los ojos. Debe haberse dormido. ¡Qué carita tiene!... ¡Ay, médico, yo me lo traje como si fuera mío, y después de haberle tomado este cariño, perderlo para siempre!

El médico: ¿Quién es? ¡Este jefe, que tiene que meterse en todo!... ¡Valiente hombre! Bueno, tengo que irme. (A Madav). Mejor será que vengas conmigo a ver si está todo bien cerrado. En cuanto llegue a casa, mandaré una buena dosis de esa medicina Pruébala en él... puede salvarlo por fin.

(Salen Madav y el Médico)

## ESCENA VI

(Amal, el viejo y el jefe)

El jefe: (entrando) ¡Hola, mequetrefe!

El viejo: (levantándose aprisa) ¡Calla!

Amal: No importa, faquir; ¡si no estaba dormido! Todo lo estoy oyendo. Y también unas voces muy lejanas. Siento que mi padre y mi madre están sentados aquí cerca de mi almohada, y me están hablando.

## ESCENA VII

(Dichos y Madav -“que entra”-)

El jefe: Oye, Madav; me han dicho que te tuteas ya con personajes.

Madav: ¡No andes con bromas, jefe! Ya sabes que somos unos infelices.

El jefe: Pero tu niño está esperando una carta del Rey.

- Madav: No le hagas caso, que es un muchacho tonto.
- El jefe: No, no; ¿por qué no había de recibirla? ¿Pues dónde va a encontrar el Rey familia mejor? ¡Por algo ha puesto su Correo nuevo frente a tu casa! (A Amal). ¡Tú, monigote!; aquí traigo una carta del Rey para ti.
- Amal: (incorporándose con sobresalto) ¿Dónde? ¿Es verdad?
- El jefe: ¡Pues va a ser mentira! Si eres su mejor amigo. Mírala. (Mostrando un papel en blanco). ¡Tenla! (A carcajadas).
- Amal: No te burles de mí. Faquir, di tú, ¿es verdad?
- El viejo: Sí, hijo mío. Yo que soy faquir, te digo que ésa es la carta del Rey.
- Amal: ¡Pero si no veo nada! Me parece que está todo tan en blanco. Señor jefe, ¿qué dice la carta?
- El jefe: Dice el Rey: “Voy corriendo a verte. Prepárame arroz... que la comida de palacio empieza a fastidiarme.” (A carcajadas).
- Madav: (Suplicando con las manos) Jefe, te ruego que no bromees más con esto...
- El viejo: ¿Eh? ¡Que se atreva!
- Madav: ¿También tú te has vuelto loco?

- El viejo:                               ¿Loco? Pues bueno, estoy loco. Y aquí dice bien claro que el Rey en persona viene a ver a Amal, con el médico de la corte.
- Amal:                                     ¡Faquir, faquir, oye! ¡La trompeta del Rey! ¡Oye!
- El jefe:                                 (a carcajadas) Me parece que tendrás que perder otro poquito más la cabeza para oírla.
- Amal:                                     Señor jefe, yo creía que tú estabas enfadado conmigo y que no me querías. ¿Cómo me había de figurar que fueras tú quien me trajera la carta del Rey? Déjame que te quite el polvo de los pies.
- El jefe:                                 La verdad es que esta criatura tiene instinto de veneración. Es un poco simple, pero su corazón no es malo.
- Amal:                                     Creo que ya es la cuarta vela... Escucha el gong: Don, don, din... Don, don, din... ¿Ha salido ya la estrella de la tarde? No sé qué tengo, que no veo...
- El viejo:                               Es que está todo cerrado, hijo. Voy a abrir. (Llaman afuera).
- Madav:                                 ¡Llaman!... ¿Quién será?... ¡Qué fastidio!
- Una voz:                               (afuera) ¡Abrid la puerta!
- Madav:                                 ¿Lo has oído, jefe?... A ver si son ladrones.
- El jefe:                                 ¿Quién llama?... Es Panchanan, el jefe, que llama... ¡Atreveos! Ya lo estáis viendo; ¡se acabó el ruido! Que no puede nada la voz de Panchanan... ¡A ver, venga ese ladrón valiente!

Madav: (mirando receloso por la ventana) Sí, sí; ¿no habían de callar? Como que han echado abajo la puerta.

## ESCENA VIII

(Dichos y el Heraldo del Rey)

El Heraldo del Rey: (entrando) ¡Nuestro Rey soberano llega esta noche!

El jefe: ¡Dios santo!

Amal: ¡Heraldo, Heraldo!, ¿a qué hora llegará?

El Heraldo del Rey: En la segunda vela.

Amal: ¿Cuando mi amigo el guarda toque el gong en las puertas del pueblo: Din, don, din, don, din, don...?

El Heraldo del Rey: Sí, entonces. Y el Rey manda delante a su médico más sabio, para que cuide a su amiguito.

## ESCENA IX

(Dichos y el Médico Real)

El Médico Real: (entrando) ¿Qué es esto? ¿Por qué está todo tan cerrado? Abrid de par en par todas las puertas y ventanas. (Toca a Amal). ¿Cómo estás tú, hijo mío?

Amal: Muy bien, señor médico del Rey; estoy muy bien. Ya no me duele nada. ¡Ay, qué gusto da esto tan abierto y tan fresco! Ahora sí que veo temblar las estrellas en la oscuridad.

El Médico Real: ¿Crees que podrás levantarte esta noche, a las velas medias, cuando llegue el Rey?

Amal: Por supuesto. Tengo unas ganas de levantarme hace tanto tiempo. Le voy a decir al Rey que me enseñe la estrella polar... Debo haberla visto muchas veces, pero no sé bien cuál es.

El Médico Real: Él te lo dirá todo. (A Madav). Adornad de flores el cuarto, para el Rey. (Señalando al Jefe). Y ése, que se vaya de aquí.

Amal: No, déjalo, señor médico, que es amigo mío. Él fue quien me trajo la carta del Rey.

El Médico Real: Muy bien, hijo mío; si es tu amigo, que se quede.

- Madav: (hablando al oído a Amal) Amal, hijo, ya ves cuánto te quiere el Rey, que él mismo viene a verte. Pídele algo, que ya tú sabes lo desgraciados que somos.
- Amal: Sí, sí, tío; no te apures tú...; ya lo tengo pensado.
- Madav: ¿Y qué le vas a pedir?
- Amal: Le voy a pedir que me haga cartero suyo, para ir de puerta en puerta, por todas partes, repartiendo sus cartas.
- Madav: (golpeándose la frente) Pobres de nosotros. ¿Eso le vas a pedir?
- Amal: Tío, ¿y qué le daremos al Rey, cuando venga?
- El Herald del Rey: Ha dicho que se le prepare arroz.
- Amal: ¡Arroz! Señor jefe, tú tenías razón. Sí, tú fuiste el primero que lo dijo. Tú lo sabías todo.
- El jefe: (al Herald) Si avisan a mi casa, podría el Rey...
- El Médico Real: No es necesario. Y ahora, callad todos, que se está durmiendo. Yo me sentaré a su cabecera. Se está quedando dormido. Apagad la lámpara. Que sólo entre el resplandor de las estrellas. Callad, que se ha dormido.

Madav: (al viejo) ¿Qué haces ahí, como una estatua, con esas manos juntas?... Estoy más nervioso... ¿Tú crees que es bueno todo esto? ¡Este cuarto tan oscuro! Yo no creo que le haga ningún beneficio al niño la luz de las estrellas.

El viejo: ¡Descreído, calla!

## ESCENA X

(Dichos y Sada)

Sada: (entrando) ¡Amal!

El Médico Real: Está dormido.

Sada: Es que le traía unas flores. ¿Me dejas que se las ponga en sus manos?

El Médico Real: Sí, pónselas.

Sada: ¿Cuándo se despertará?

El Médico Real: Cuando el Rey venga y lo llame.

Sada: ¿Quieres decirle bajito una cosa de mi parte?

El Médico Real:                   ¿Qué quieres que le diga?

Sada:                               Dile que Sada no lo ha olvidado.

FIN





Imprenta Nacional  
Editorial Digital

[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA